

**Título: Las estrategias de los vecinos de las Rosas para hacer frente a los conflictos ante el desdibujamiento del Estado (Algunos avances del trabajo de campo)\***

Esteban Rodríguez Alzueta

***1. Las estrategias vistas desde la perspectiva de los actores marginales.***

Uno de los sectores sociales más perjudicados por la inseguridad, sino el más afectado de todos, por las condiciones materiales en las que se encuentra, son los sectores populares que reconocemos con los nombres de grupos “vulnerables”, “desenganchados”, “desaventajados” o “marginales”.

Estos grupos son objeto de diferentes situaciones problemáticas, cada vez más violentas y cada vez más periódicas. Situaciones que comienzan a ser percibidas, no sólo por las víctimas sino por el Estado, como parte del paisaje. Situaciones problemáticas que muchas veces ni siquiera serán reconocidas por los gobernantes y los vecinos del barrio como “problemáticas”. Estas situaciones problemáticas tienen que ver con el robo o el hurto, pero también con el apriete, el peaje, el ventajeo y todas aquellas conductas que componen lo que suele llamarse “bardo”, esto es, el pedido en la vía pública, la música a todo volumen, el titeo a los vecinos, la guarangada y el chiste obsceno a las chicas del barrio, la burla o la tomada de pelo a los adultos mayores, las amenazas, el uso de espacios públicos para consumo de drogas o alcohol, la ostentación de armas, las peleas o golpizas, el destrozo de bienes públicos, etc.

Estos sectores marginales se vuelven más desaventajados aún si se tiene en cuenta la imposibilidad para acceder a las agencias judiciales que prevé el Estado para canalizar (plantear y resolver) dichos conflictos.

Hasta ahora el problema del derecho a la justicia en los sectores populares ha sido abordado desde arriba, es decir, desde la perspectiva del Estado. De allí que el problema fuera enfocado a través del “acceso a la justicia”. Los pobres no tienen recursos o la información para acceder a la justicia.

Sin embargo, el hecho de que estos sectores no puedan acceder a los tribunales no significa que tengan que resignarse a las circunstancias que les tocó, no implica que no intenten

---

\* El presente trabajo forma parte de una investigación colectiva denominada “Acceso a la justicia. Las estrategias de los pobres frente a los conflictos en barrios de La Plata y Gran La Plata”, realizado en el marco de los Proyectos de Investigación de la UNLP. El director del proyecto es la Dra. Olga Luisa Salanueva y la unidad ejecutora es el Instituto de Cultura Jurídica de la Facultad de Ciencias Jurídica y Sociales de la UNLP. El trabajo de campo se está realizando en los barrios “Malvinas”, “La Unión”, “El Mercadito” y “Las Rosas” que es, dicho sea de paso, el lugar que escogimos para realizar nuestro trabajo de campo.

enfrentar estas situaciones problemáticas de otra manera, apelando a otras acciones que forman parte del repertorio cotidiano.

Un lugar común en la teoría social en general a la hora de estudiar a los “pobres” es abordarlos negativamente, a partir de los que les falta, definir a los pobres por lo que carecen: los pobres no tienen trabajo, no tienen salud, no tienen educación, no tienen identidades, no tienen vivienda digna y no tienen justicia o no pueden tampoco acceder a la justicia. Casi nunca los estudiamos en un sentido positivo, es decir, desde lo que tienen. De allí que a la hora de abordar las *estrategias* que desarrollan para encarar estas situaciones problemáticas nos damos cuenta que estos sectores tienen otras cosas, tienen en verdad muchas cosas más. Cuando estudiamos a estos sectores desde las estrategias que desarrollan para la reproducción de la sociabilidad en la pobreza, nos damos cuenta que además de víctimas (objetos de...) son protagonistas (sujetos de...) de prácticas a partir de las cuales movilizan experiencias y repertorios previos.

Recuperar el punto de vista de los actores involucrados, como sugiere Geertz, supone situarnos en la posición y en el conjunto de relaciones desde las cuales las prácticas, las evaluaciones y las creencias sobre la resolución de problemas son construidas e intentar entenderlas desde el punto de vista de esta ubicación.<sup>1</sup>

El objeto de la investigación que estamos desarrollando todavía, apunta a estudiar las diferentes estrategias cotidianas que desarrollan los grupos desaventajados para hacer frente a dichas situaciones problemáticas.

## ***2. El desdibujamiento del Estado.***

Dijimos en otro lugar<sup>2</sup> que cuando la sociedad se ha polarizado, la intervención del Estado se vuelve esquizofrénica, adquiere una doble vida. El Estado de Malestar interviene en las “zonas bárbaras” para evitar la irrupción, para segregar, compartimentar y neutralizar a la masa marginal.

En este contexto, el Estado comienza a desentenderse de ciertos problemas que hasta entonces constituía su razón de ser. El Estado se descompromete cuando toma distancia de cuestiones que durante el Estado de Bienestar eran su fundamento y el eje para diagramar las intervenciones universales y de oficio.

Este distanciamiento será percibido por los sectores vulnerables de una manera ambigua, toda vez que el Estado no deja de existir, continua haciéndose presente en la vida cotidiana, pero esta vez a través de otras dos instituciones: el clientelismo político y la policía (y la cárcel).

---

<sup>1</sup> Clifford Geertz, *La interpretación de la cultura*, Gedisa, Barcelona, 1997.

<sup>2</sup> “Las estrategias de los grupos desaventajados para encarar situaciones problemáticas”, ponencia presentada el año pasado en las Jornadas de Sociología Jurídica realizadas en la UBA.

La centralidad que tiene la red policial y la red clientelar, contrasta con el papel protagónico que tuvieron alguna vez la escuela y la fábrica (con el sindicato), cuando las trayectorias de los vecinos de cualquier barrio popular en la gran ciudad se organizaban a través de una serie de ritos de pasaje dispuestos por instituciones que apuntaban a la integración social. Pero hoy día, con la intervención medular de estas agencias, se disponen nuevos rituales que diagraman otros itinerarios para estos sectores en función de la exclusión y la contención social.

El Estado se desentiende pero continúa estando presente a través de otras instituciones cuya ambigüedad contribuye a borronear cada vez más la matriz que utilizan los sectores populares para percibir el lugar que tiene o le corresponde al Estado en la sociedad.

Llamaremos a esta situación “desdibujamiento del Estado”: cuando el Estado se descompromete de la sociedad y se vuelve vincular a ella centralmente a través del aparato punitivo, irá desdibujándose la “legalidad” y la “judicialidad” como punto de referencia para modelar la vida cotidiana.

Hablaremos de *desdibujamiento de la justicia* para marcar la pérdida de referencialidad de los tribunales como marco para canalizar las situaciones problemáticas en estos barrios marginales.

Hablaremos de *desdibujamiento de la ley* para señalar la pérdida de la eficacia simbólica de la ley en estos sectores. Una ley que subsiste como marco interpretativo, aunque ya no como marco normativo. Dice Gabriel Kessler: “*El desdibujamiento de la ley no implica la desaparición de un marco normativo de evaluación de sus acciones; pero la cuestión es que se trata de juicios morales locales.*”<sup>3</sup> Kessler está pensando en el desdibujamiento en relación a la percepción que tiene el *delincuente amateur* del Estado. Nosotros tomaremos su punto de vista para explicar el lugar que tiene todavía la policía en las representaciones de los sectores marginales en general.

Entre las causas que enumera Kessler, que explican este desdibujamiento, se puede nombrar a la percepción que tienen estos sectores de que los grupos poderosos actúan contra la ley; que la familia y la escuela, que son las instituciones que ayudan a internalizar y a naturalizar la existencia de la ley o normas formales e informales, alientan el desenganche y la deserción; a su vez, porque en la experiencia cotidiana de los más jóvenes ninguna institución aparece como representante de la ley y, menos que menos la policía, que es la institución con la que se enfrentan periódicamente y que es percibida como una banda más; y por último porque la flexibilización laboral desencajó los derechos a los que estaba asociado el mundo del trabajo.

En definitiva, hablaremos de “desdibujamiento” para señalar el proceso por el cual Estado comienza a ser percibido como una institución ajena. Sin embargo, este extrañamiento no

---

<sup>3</sup> Gabriel Kessler; *Sociología del delito amateur*, p. 59.

debería apresurarnos a postular un distanciamiento total. Los imaginarios no se desandan de un día para el otro. El lugar que tuvo el Estado en el imaginario popular, modelado alrededor de las intervenciones inclusivas del Estado benefactor, continúan operando a la hora de percibir el mundo que actualmente les rodea.

Por eso, el hecho de que el Estado se haya desentendido de estos sectores, cuando se privatiza, ajusta, flexibiliza o burocratiza, no significa que ese mismo Estado haya desaparecido del imaginario social. El Estado se ha desdibujado, pero la disolución no llega a ser total. El desdibujamiento será el desacoplamiento entre los dos marcos.

### ***3. La ambivalencia de la policía.***

Por ejemplo, hablar de desdibujamiento del Estado no quiere decir que desaparezca la percepción que tienen los sectores populares acerca de que la policía sigue siendo la institución legal a intervenir en esos casos. El desdibujamiento del Estado no implica la desaparición de un marco institucional para canalizar los conflictos. Aún con todas las contradicciones, la policía seguirá siendo la agencia referenciada como interlocutor para hacer frente al delito. Quiero decir que a pesar de que el Estado se haga presente en el barrio a través de la policía, o sea a través de la fuerza o la intimidación, continuará siendo la agencia convocada cada vez que se suscita una situación grave en el barrio, considerada ilegal; a pesar incluso que sea percibida como productora de ilegalidad o generadora de malentendidos entre los vecinos de diferentes generaciones.

Los vecinos de los barrios marginales que entrevistamos se debaten constantemente entre querer y no querer policía. La policía es vista como problema, pero, al mismo tiempo, como una oportunidad para resolver o al menos encarar esas situaciones percibidas como conflictivas.

Los vecinos del barrio se dirimen en esta tensión que vuelve dramático el cotidiano que les toca. Por un lado, no dudan en llamar al 911 para que la policía se haga presente, pero no se les escapa que llegará demasiado tarde y que su intervención no servirá de mucho. La interpelan tomando cierta distancia, puesto que saben que cuando la policía se hace presente en el barrio tiende a agravar los conflictos. La policía alimenta el rencor de los jóvenes y su inoperancia certifica las sospechas que ya tenían los mayores sobre ella, al suponer que la policía no hace nada porque ya arregló o va a arreglar con los “pibes chorros”. Saben que la policía es la institución a la que hay que acudir, pero saben también que eludir o por lo menos, no hacerse demasiadas expectativas.

La policía tiene un lugar ambivalente en estos sectores. La policía es lo que inspira inseguridad pero, al mismo tiempo, sigue siendo la referencia seguracional. Continúa siendo

la institución para proyectar la angustia y el temor frente al delito, pero se sienten vulnerables cuando la policía se hace presente al barrio y no hace nada.

Para poner un ejemplo. En la ciudad de Berisso durante el mes de junio de 2006, en el marco del proyecto de extensión “El derecho a tener derechos”,<sup>4</sup> realizamos un taller sobre “Seguridad ciudadana”, donde participaron referentes barriales de distintas organizaciones territoriales, casi todas ellas, organizaciones de desocupados. En el primer encuentro se trabajó, a modo de disparador, con la dinámica de taller, sobre el eje seguridad/inseguridad. Los talleristas tenían que identificar distintas situaciones en el barrio que motivan seguridad o son la causante de la inseguridad, y tenían que organizarlas en un cuadro comparativo. Y lo que pudimos observar es que la policía aparecía, en todos los grupos, en las dos columnas. La policía era percibida un actor que producía seguridad e inseguridad al mismo tiempo. Mientras algunos, casi siempre los más jóvenes, no dudaban en ubicar a la policía en la columna de la inseguridad, para otros, generalmente las mujeres mayores, no dudaban tampoco en reconocer que la presencia policial era una experiencia que inspiraba seguridad o, al menos, eso tendría que ser.

Hay que subrayar esta diferencia generacional a la hora de percibir el lugar que ocupa la policía en el imaginario de los sectores marginales. En efecto, el cotidiano de los jóvenes no es el mismo que el de las mujeres adultas. Los jóvenes son aquellos que se miden todo el tiempo con la policía, aquellos que padecen el acoso policial, sea a través de las detenciones por averiguación de identidad, sea a través de la mirada desafiante del policía que pasa en el patrullero obligándoles a agachar la mirada, o cuando le sacan una fotografía en la comisaría o tienen que comerse una paliza a cambio de no quedar registrados en el libro de entradas, etc. Por su parte, las mujeres mayores, que suelen ser la cabeza de la familia, son las que están todo el tiempo en el barrio, enclaustradas en una casa que tendrán que vigilar de cerca las 24 hs.

#### ***4. ¿Reflejos sociales? La elaboración de nuevas estrategias.***

El desdibujamiento del Estado y la ambigüedad que tiene la policía llevará a los sectores vulnerables a desarrollar estrategias para hacer frente a las distintas situaciones problemáticas que se les presentan todos los días. Estrategias para atenuar los conflictos pero estrategias, también, tendientes a producir seguridad. Se trata de gestionar formas locales de reconstrucción de la previsibilidad social. Prácticas tendientes a regular relaciones microsociales carentes de principios de certidumbre, desprovistas de la atención estatal.

---

<sup>4</sup> “El derecho a tener derechos” es un proyecto de extensión subsidiado por la UNLP, que realizamos en barrios de La Plata y Berisso desde marzo del 2006.

La pregunta por las estrategias es la pregunta acerca de cómo ciertos sectores logran encarar los conflictos o anticiparse a ellos para evitarlos, a pesar de las restricciones que les impone el contexto en el que se encuentran. Estamos haciendo referencia al conjunto de actividades desarrolladas por los sectores populares para obtener seguridad e imprimir alguna certidumbre a la vida cotidiana haciendo frente a las presiones del medio. Estrategias para la reproducción de la sociabilidad. Prácticas implementadas, entonces, por los individuos o grupos de individuos que ocupan las posiciones más bajas del espacio social para preservar la vida y sus bienes.

Las estrategias como la movilización de capital social (contactos) y cultural (información, experiencias) para hacer frente a los conflictos, imprimiéndoles certidumbre a las relaciones sociales, asegurando su cotidiano familiar. La organización de los recursos en función de ciertos objetivos o proyectos; objetivos no necesariamente explícitos; ni recursos necesariamente calculados. En otras palabras, el despliegue de este tipo de estrategias no requiere necesariamente –es decir tampoco excluye- que los actores movilizan una determinada racionalidad en lo que respecta a la consecución de ciertos fines y la instrumentación de determinados medios.

Como veremos enseguida, estamos ante estrategias que ni siquiera serán percibidas como estrategias, prácticas que se encuentran tan afincadas en la vida diaria que difícilmente puedan ser reconocidas o identificadas por sus protagonistas como “estrategias”, sino como pautas de comportamiento, como la manera de estar o de moverse en el barrio.

Las estrategias constituyen un proceso que se desarrolla a lo largo de la vida, donde las decisiones pasadas pueden influir en las presentes y anticipan las futuras. Los actores incorporan recursos que son las experiencias pasadas y, más específicamente, como sugiere Bourdieu, la historia de la acumulación del capital hecho cuerpo. Pensar en las estrategias es tener en cuenta las condiciones objetivas incorporadas en forma de *hábitus*, esquemas de percepción, de apreciación y de acción, que constituyen sistemas de disposición a pensar, a percibir y a actuar, ligadas a una definición práctica de lo posible y de lo imposible, de lo pensable y de lo impensable.

Por otro lado, como dice Alicia Gutiérrez, *“es el hábitus el que posibilita explicar y comprender que gente que ocupa la misma posición actual, actúe, sin embargo, de manera diferente, a partir de la diferenciación del mismo pasado objetivado como recurso externo y como recurso incorporado, fundante de sentidos prácticos específicos que son resultado de historias de acumulación específica.”*<sup>5</sup>

---

<sup>5</sup> Alicia Gutiérrez, *Pobre, como siempre... Estrategias de reproducción social en la pobreza. Un estudio de caso*. Córdoba, Ferreira Editor, 2004, p. 400.

Estas estrategias, si bien son contradictorias no son excluyentes entre sí. Los vecinos del barrio alternan unas y otras según el caso. Depende la situación en la que se encuentran, esto es, la hora o el lugar, si están o no acompañados, pondrán en juego determinadas estrategias. No es lo mismo estar sólo que acompañado, y no será tampoco lo mismo venir acompañado de un amigo o amiga que de los hijos. O estar cerca o lejos de la casa, de día o de noche.

Las estrategias son múltiples. Hay estrategias reactivas, que desarrollan preventivamente, antes de que se suscite la situación problemática; y hay estrategias pro-activas, que se despliegan una vez acontecida la situación problemática.

Entre las primeras habría que nombrar el miedo, la estigmatización, el evitamiento o el distanciamiento forzado, la seducción, la sumisión, la vigilancia solidaria, o el uso de los perros. En las segundas se pueden contar al escraque y al linchamiento, auténticas formas de justicia popular que forman parte de las costumbres en común de estos sectores.

Pero también habría que tener presente los padrinazgos que suelen desarrollarse entre los actores y punteros del barrio o policías de la zona a la hora de hacer frente a dichas situaciones. En efecto, también la red de resoluciones de problemas (el clientelismo político) constituye un espacio para plantear las situaciones problemáticas y aventurar alguna solución a partir de los contactos que puedan tener los respectivos mediadores (o punteros) con la policía o autoridades judiciales o municipales. Lo mismo puede decirse de las organizaciones religiosas o sociales del barrio, constituyen un ámbito para debatir las situaciones problemáticas de que son objeto diario, procurando buscar y desarrollar estrategias colectivas en algunos casos, para hacer frente a dichas situaciones.

Por eso mismo, estas estrategias son individuales pero también colectivas, en la medida que pueden involucrar o arrastrar al barrio entero o parte del barrio, como por ejemplo en las acciones de linchamiento; o cuando intervienen las organizaciones sociales o políticas del barrio a partir del requerimiento de sus integrantes.

Repasemos ahora algunas de las estrategias que pudimos averiguar a partir de las entrevistas que realizamos y nuestra observación participante.

#### *a. ¿Quién se queda en casa?*

La inseguridad ha modificado las pautas de comportamiento de los vecinos, las costumbres del barrio. Una de las conductas típicas es la presencia obligatoria de algún familiar en la casa durante las 24 horas del día. Hay que evitar el ausentismo. No se puede dejar sola a la casilla, ni siquiera una hora. Sus miembros se van turnando para custodiar la casa, y cuando todos tengan que salir, habrá que informárselo a los vecinos para que, cada tanto, echen un vistazo.

Este ha sido uno de los temas más discutidos en las asambleas de las organizaciones de desocupados. Cuando la movilización era una acción de todas las semanas, los vecinos iban alternando su asistencia al piquete para evitar dejar sola la casa.

***b. El primer golpe: el bautismo a los nuevos vecinos.***

Cuando una nueva familia llega al barrio se convierte en el centro de todas las miradas. No sólo se ganan la atención de los vecinos de la cuadra que miran con desconfianza a los nuevos vecinos, sino la atención de las “banditas” del barrio. Para los nuevos vecinos las banditas pasarán inadvertidas, pero como tampoco tienen la confianza suficiente para acercarse a los viejos vecinos a preguntarle por ellas, se encierran en su casa esperando el momento.

La familia nueva podrá conocer los códigos, en caso de que venga de otro barrio marginal, pero no sabe nada de los habitantes del barrio. No sabe identificar la mirada atenta de los pibes que desde la otra punta relojean su casilla, lo siguen de cerca, esperando el momento para realizar el golpe.

Ese golpe, sin embargo, será su bautismo en el barrio, la forma instituida por los vecinos, en tanto es la marca mediante la cual una persona o grupo de personas (una familia por ejemplo) adquiere el estatus de vecino. Se trata de un acontecimiento que le confiere al sujeto en cuestión una posición dentro del barrio. La violencia de la que fue objeto actúa como una marca fundante de reconocimiento. Recién ahí, después del golpe, cuando la policía se hace presente, saldrán los vecinos a estrechar las manos de la nueva víctima; recién ahí el resto de los vecinos lo sentirán parte del barrio, a partir de ese momento, estarán en igualdad de condiciones, habrá pagado su derecho de piso y será considerado uno más.

***c. Los perros (no siempre) ladran.***

Un punto y aparte merecen los perros. No hay casa que no tenga un perro. El perro forma parte del paisaje junto a los chicos en la calle. De hecho, para algunos vecinos, los perros se vuelven un problema porque muerden a los más chicos o desparraman la basura. Pero a pesar de ello, los perros son la compañía forzosa de los dueños de casa, la alarma más precaria de la que se valen los vecinos del barrio para advertir la presencia de los desconocidos.

Los ladridos de los perros a la noche pondrán alerta al dueño, quien estará atento a la incursión furtiva de gente desconocida. Los ladridos continuos los despiertan, los sacan de la cama para asomarlos afuera, encender las luces, o hacer algún ruido, para que todo ese movimiento desanime al merodeante a realizar cualquier fechoría.

Pero cuando se trata de los ladridos de los perros del vecino, los mismos los llevará a encerrarse cada vez más, a meterse debajo de las sábanas; no se les ocurriría asomarse a la



noche, aunque no durará acudir al otro día con preguntas a sus vecinos sobre los ladridos del perro.

Ahora bien, los perros no siempre ladran. Algunas veces permanecerán callados. Se sabe, el perro ladra cuando se acerca un desconocido, pero... ¿qué pasará cuando el que merodea no es una persona desconocida para el perro? Muchas veces los “delincuentes” son los mismos pibes del barrio, es decir, los pibes que juegan con los perros durante el día. Otras veces, los pibes se la pasan dando vuelta manzanas, fichando las casas, tomando confianza con los perros, haciéndoseles conocer. De modo que cuando éstos se acerquen a la casilla en cuestión, el perro seguirá callado porque estará con gente conocida, no será percibido como extraño.

#### ***d. Seducir o evitar.***

Otra de las estrategias que suelen emplear los vecinos del barrio es la seducción. Se trata de dedicar una sonrisa, que a veces puede ir acompañada con algún intercambio de palabras que funcionan como una suerte de contraseña que les permita sortear a la barra de la esquina y continuar con su camino. Por ejemplo, en algunos casos, los vecinos preguntarán por la madre o algún familiar enfermo, poniéndoles sobre aviso a la persona en cuestión que sabemos ante quién estamos, pero también procurando tocar un costado sensible de la persona, procurando desalentar al supuesto “sospechoso” de cualquier fechoría. Otras veces, la seducción se puede consumir a través del aporte más o menos espontáneo de alguna moneda para la “birra” o con el convite de algún cigarro.

El vecino suele recurrir a su código, a emplear palabras que pertenecen a la jerga de los pibes, para desapercibir o disminuir la distancia generacional. La clave está en manifestar cercanía, o sea, no llegar a ser percibido como un “extraño”, alguien que se encuentra en la vereda de enfrente. Allanar la brecha generacional para que el otro no lo perciba precisamente como alguien diferente, alguien que no es del “palo” y, de esa manera, volverse objeto de groserías, peajes o convertirse en centro de un ballet donde todos empiezan a tomarle el pelo.

En todos los casos hay que saber mostrarse lo más cercano posible a una determinada persona, y por su intermedio, al resto del grupo. Pero en todos los casos se deberá tener especial cuidado de no herir su orgullo, sobre todo cuando éste se encuentre con sus compañeros porque se sentiría desafiando a tener que probar su valía y su lealtad frente al grupo de pares.

Otra de las estrategias que suelen desarrollar los vecinos del barrio apunta a evitar tomar contacto con “esa gente”. Es lo que llamamos estrategias de evitamiento. Se trata, precisamente, de sortear al grupo dando un rodeo para llegar a la casa, o cruzando a la vereda de enfrente, bajando la mirada, acelerando el tranco o esquivando la esquina en cuestión.

Se sabe que los “pibes” suelen apostarse en el mismo lugar y a determinadas horas. De modo que no es difícil averiguar cuándo hay que evitar pasar por ese lugar para no transformarse en objeto de agresión.

***e. Cuando el miedo es la forma de producir seguridad.***

Sin embargo, una de las estrategias más difundidas entre los vecinos del barrio es el miedo. El miedo viene a ocupar el lugar que tenía el Estado, décadas atrás, cuando la policía estaba para prevenir. Pero cuando el Estado modifica su intervención, y la policía, al menos en las zonas de “no derecho”, está para controlar la emergencia de la marginalidad, sea regulando el delito o disciplinando a los grupos de pares que desarrollan prácticas disfuncionales, entonces los vecinos de estos barrios encuentran en la policía antes que un interlocutor dispuesto a canalizar sus reclamos, una mirada desconfiada que puede llegar a agravar dichas situaciones con su presencia.

La íntima convicción que tienen los vecinos de dicha situación les llevará a tomar distancia de la policía cuando se hace presente en el barrio convocada por algún vecino. Cuando la policía carga con todas las sospechas, para qué exponerse de esa manera aportando datos que después pueden volver más vulnerable la vida cotidiana. Cuando la policía está ausente, los vecinos tienen miedo de la represalia de los “pibes chorros”.

Eso por un lado, porque por el otro, el miedo viene a llenar otro vacío que se produjo ante la desestabilización del mundo del trabajo. *“Si suponemos que toda la vida social debe tener principios reguladores, vale la pena recordar el papel regulatorio que tenía la vida obrera y sobre todo fabril en el pasado. La regulación microsocial central de los barrios habitados mayoritariamente por sectores populares estaba marcada por los ritmos de la organización fabril: ésta marcaba sus períodos especiales (las vacaciones, los aguinaldos y su impacto en el comercio local), mantenía en vilo a la comunidad cuando acontecía algún conflicto (la huelga, el cierre o disminución de las fuentes de trabajo).”*<sup>6</sup> De modo que la desindustrialización, la desindicalización y el desmantelamiento del Estado social que se descompromete de la relación capital-trabajo tuvo como consecuencia formas de desregulación de la vida local.

En este contexto, la sensación de amenaza, el pánico que cunde entre los vecinos del barrios cuando se sienten expuestos al delito en general, viene de algún modo a cubrir ese lugar que quedó vacante.

No deberíamos apresurarnos a entender el miedo como la respuesta a un estímulo, esto es, la sensación que tiene el vecino cuando su vida transcurre frente al televisor. La explicación de

---

<sup>6</sup> **Gabriel Kessler;** *Sociología del delito amateur*, p. 235.

estas conductas debería buscarse en el vacío producido por el descompromiso del Estado y la desestabilización del mundo laboral.

Cuando la policía está ausente, pasa de largo o llega demasiado tarde o muy de vez en cuando, la manera de tomar distancia de la calle, de frecuentar ciertos lugares a cierta hora del día será teniendo miedo, cultivando este sentimiento entre los familiares o los vecinos, sobre todos cuando se trata de los niños.

Se trata de dar rienda suelta a esa sensación muy habitual cuando se vive en un barrio semejante, de sentirse el blanco de todas las miradas. Sensación que hay que saber transmitir a los otros miembros de la familia. Porque de eso se trata el miedo: Cuando los hijos tienen que volver solos del colegio, cuando se mueven solos por el barrio, cuando la calle es un lugar de sociabilidad forzoso, porque es la manera de descongestionar la casilla donde se vive, la manera que tienen los padres de asegurarse la presencia de sus hijos a determinada hora, que sean puntuales o no se alejen demasiado, será infundiendo miedo. Cuando la policía está ausente, pero también cuando la mirada de los padres no puede seguir de cerca a los hijos por todos lados, la manera –paradójica por cierto- que tienen los vecinos para “volver seguro” su cotidiano, de sentirse tranquilos por sus hijos, será a través del miedo.

#### ***f. La estigmatización.***

Un tema vinculado al anterior son los estigmas. En efecto, gran parte de los estereotipos que se ponen a hablar cuando cunde el pánico, apuntan contra los jóvenes del barrio, caracterizados como “perdidos”, que están “en cualquiera.”

Sin embargo, esas imágenes no son inocentes, cristalizan concepciones, están cargadas de sentido, de ideología. Los estereotipos son representaciones que visualizan la realidad, que sirven para ver el mundo, pero al mismo tiempo orientan la percepción. Sirven para ver pero al mismo tiempo nos dicen cómo tenemos que ver. De modo que con la visualización que hacen los estereotipos se produce una suerte de verosímil que contribuyen a modelar el imaginario colectivo donde se nutren los estereotipos.

Los estereotipos favorecen la estigmatización de la realidad. Organizan un mundo maniqueo, donde el *otro*, invocado casi siempre de una manera peyorativa o despectiva, en la medida que aparece dotado de atributos negativos, será visto como problema. De allí que los estereotipos que etiquetan construyen al *otro* como alguien distante, que hay que mantenerlo de esa manera: separado o separarse de él. En la medida que los estereotipos estigmatizan, constituyen una manera solapada de practicar la discriminación, de tomar distancia del otro percibido como problema. Es una invitación a la desconfianza ajena.

Lo más llamativo es que los estereotipos que utilizan los vecinos en el barrio se parecen bastante a los que tiene la policía: jóvenes desocupados, perdiendo el tiempo en la esquina del barrio hasta altas horas de la noche, tomando cerveza. Jóvenes que hacen ostensible el uso de drogas al resto de los vecinos del barrio. Que se muestran desprejuiciados. Este tipo de estereotipo, esta manera de percibir el mundo que les rodea, les llevará a adoptar determinadas conductas, a plantear las relaciones sociales de determinada manera. Por un lado, tomando distancia, de los más jóvenes, pero por el otro, apegándose cada vez más a los miembros de la familia.

#### ***h. ¿Justicia popular?***

Un tema que de vez en cuando captura a los vecinos del barrio es “la justicia por mano propia”, práctica colectiva que trabaja en el imaginario de los vecinos como *última ratio*, es decir, como el último recurso ante situaciones extremas, que puede ser una violación o un asesinato.

Las noticias que llegan sobre hechos similares son comentadas con devoción. A través de ellas, los vecinos proyectan sus problemas, sus broncas ante la inoperancia policial, sus esperanzas. Se sienten identificados con este tipo de relatos porque encuentran en acciones por el estilo la solución para determinados problemas, porque las perciben como la salida para determinados conflictos. El telón de fondo de este tipo de rumores que se desparpaman a la velocidad de la luz, es la angustia ante la inoperancia del Estado, la angustia de saber que los hechos se repiten y la policía no hace nada. La angustia de sentirse cada vez más vulnerables, desprotegidos, expuesta a situaciones cada vez más violentas.

Por eso mismo, es muy común escuchar entre los vecinos, anécdotas que llegan de otros barrios, donde viven otros amigos u otros parientes o conocidos sobre alguna forma de justicia popular, de vecinos que, más o menos espontáneamente, echaron del barrio a un “raterito”, o le incendiaron la casilla a un violador. Esas acciones trabajan pacientemente en el imaginario social, reclutando adhesiones, poniéndolas a prueba en las discusiones que los vecinos mantienen en el almacén, en el comedor o en la calle, esperando el momento propicio para ponerlas a prueba.

#### ***5. Estrategias alternativas.***

La ruptura de los vínculos afectivos más próximos e íntimos, es decir, la ruptura de lazos con la familia, parientes o vecinos; los enfrentamientos con la policía, el consumo de drogas y alcohol, las peleas entre las barras de chicos del mismo barrio o con chicos de barrios

cercanos; la deserción y la desidia escolar; son síntomas de la descomposición y el resquebrajamiento del lazo social y del incremento paulatino de formas de violencia extrema. Ahora bien, en un contexto de exclusión social, esto es, de aislamiento y compartimentación, se comprende la importancia que van adquiriendo las estrategias que desarrollan los miembros de estos barrios para encarar las situaciones problemáticas. Cuando no se puede acceder a la justicia y la policía es percibida como uno de los actores promotores de las situaciones problemáticas, los comportamientos cotidianos, la manera de moverse y estar en el barrio, constituyen estrategias alternativas para hacer frente a la conflictividad social y producir nuevas formas de vinculación social.

**Bibliografía:**

**Alicia Gutiérrez;** *Pobre', como siempre... Estrategias de reproducción social en la pobreza. Un estudio de caso.* Córdoba, Ferreira Editor, 2004.

**Clifford Geertz,** *La interpretación de la cultura,* Gedisa, Barcelona, 1997.

**Gabriel Kessler;** *Sociología del delito amateur,* Paidós, Bs. As., 2004.